





## De los Días Perdidos

## “Huacho”

El grabado que ilustra estos “días perdidos” no es un retrato, como se puede ver, sino una instantánea que un fotógrafo “cincobtero” tomó a mi madre frente a la cocina de su casa del barrio Estación, en Iquique. Debe tener unos treinta años. Me dice en la dedicatoria del respaldo de la foto, que el perro que tiene en la falda se llama “León”. Nelo tenía cuando yo me vine a conquistar la capital, en 1953. Decirás, casi al tonto, se llama mi comadre Margarita, con la que recorrimos algunos años la pampa salitrera. Ella murió hace tiempo; después “se fue” su esposo, mi compadre. Pero mucho antes mi vieja adorada y fiel compañera de peregrinajes nortinos había emprendido el largo viaje... Total: todos, a su tiempo, cerraron los ojos para siempre. Todos se fueron, y cuando lo hizo mi madre, quedé huérfano. “Huacho” en este mundo, y seguí así hasta el minuto postrero de mi tránsito terreno.

Allí fue, por desgracia: mi padre quedó en el cementerio de Ovalle, a fines de 1952. Y desde entonces nosotros dos seguimos volando fuerte por diversos caminos. Los pocos años de la crisis salitrera los vivimos estrechamente, con ese resignado heroísmo de los pobres que apenas disponen de lo más indispensable para sobrevivir, por supuesto que cuando concurríamos a pegarle “al cerro”. En la vieja “Gileta”, allá por 1957, apenas devengaba cuatro pesos diarios —en “bilbas” de la Oficina, claro está—, y para ganarlos había que desmenuzarse todo el día en la calicheira, “machando” bolones con el pesado macho (sombol) de 25 libras. Y cuando me tocaba pasar caliche con mi “vecino”, el capataz de carretas nos despertaba a las dos de la madrugada. A esa hora salíamos a la pampa, casi a tientas por las huellas, como fantasmas perdidos entre la espesa camanchaca.

¡Qué diablitos! Había que sacrificarse para ganar esos cuatro pesos que nos daban de “diario” para pagar la caba, y para “los viejos” cuando, apretándonos la cintura, mi madre lograba ahorrar algo.

Para mí, francamente, aquel rodo trabajo nunca me hizo nada. Recién andaba pisando los diecisiete años; era fofofofo y, por lo demás, yo mismo había buscado eso que para la mayoría de los muchachos, que creíamos en los curules de los enganchadores, era “la tierra prometida”. Y allí estaba yo, perdido entre los “rajos”, partiendo las costras, sudoroso bajo el sol ardiente, y a veces cantando una tonada de la infancia, feliz acaso de comprender, intuitivamente, que allí estaba haciéndome hombre.

Mi madre —humilde y noble— tenía que hilar muy delgado para estirar los cuatro pesos y así poder traerme, diariamente, el pan y el plato frugal sobre la mesa. En aquellos años, yo no me daba cuenta de los “millones” que ella trabajaba, con la mano...



aparece como proyectándose desde el pasado. Y me fija su mirada tranquila, con la seguridad de que me está observando y viendo lo que hago... Ahora, por ejemplo, mientras escribo, la contemplo con cariño y con la emoción de quien, ya viejo, no es capaz de llorar.

Allí está sentada en un sillón desvencijado, vestida con la sencillez de una mujer sufrida, de una pampina verdadera que también trabajó más de una vez por las huellas de “Adriático”, “San Pablo”, “Barrenechea”, “San Enrique”... Allí está con su perro “León” en la falda, al que quería como a un hijo, porque “el otro” —el legítimo y único— estaba ausente... Y éste (“León”) pudo ser el “Pisco” o el “Rompefuerro” de mi niñez, con los que compartimos un buen tramo de nuestras existencias casi anónimas y un tanto olvidadas de Dios.

Decir que después de su partida he quedado “huacho”, tal vez sea exagerada, porque aquí, en Santiago, he formado un hogar; tengo una mujer sencilla y abnegada como ella; también unos hijos y unos cuantos nietos, y, sobre todo, tengo las columnas generosas de este diario, en las que puedo contar tantas cosas, abrir mi corazón a los lectores y lectoras que les agradan estas ensaladas de un hombre que no se avergüenza de su pasado, porque el hacerlo sería como renegar de la vida, de los días tristes de la infancia, de los años mercuriales de la juventud, o sea, todo como entonces con la

# "Huacho" [artículo] Homero Bascuñan.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Bascuñan, Homero, 1901-

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

"Huacho" [artículo] Homero Bascuñan.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile